

Conmemoración de los Fieles Difuntos



La conmemoración de los Fieles Difuntos

se originó como una extensión de solemnidad de Todos los Santos. Y esa conexión responde históricamente a una toma de conciencia progresiva. De un modo muy simplificado, es útil recordar lo siguiente. Durante las persecuciones a los cristianos, en los primeros siglos de la Iglesia, los santos por excelencia eran los mártires, a quienes se les daba culto sin necesidad de ninguna canonización formal, ya que su misma muerte los acreditaba. Pero cuando

cantidad de mártires se hizo tan numerosa que no alcanzaban ya los días del año para celebrarlos, se fue imponiendo la idea de celebrarlos a todos en un mismo día, para evitar omisiones.

A medida que las persecuciones cesaron, se abrieron paso nuevas formas de santidad, y progresivamente la celebración de todos los mártires pasó a ser la de todos los santos. Finalmente, la costumbre de muchos monasterios de seguir celebrando al día siguiente misas por difuntos cercanos a sus comunidades, comenzó a difundirse en el s. IX, dando lugar a esta conmemoración del 2 de noviembre, tal como la conocemos hoy.

Podemos decir, entonces, que tuvo lugar una especie de expansión de la conciencia de los cristianos frente al misterio de la Iglesia, lo cual explica la adición, en el “Credo de los Apóstoles” (el que llamamos “corto”) de un artículo de fe que no estaba incluido en la versión original: la **comunidad de los santos**.

Por “santos” debe entenderse, como hacía San Pablo, a todos los creyentes, los que han sido santificados por el bautismo, sean vivos o difuntos. La “comunidad” de los fieles significa que compartimos el mismo tesoro de gracia, los mismos bienes espirituales, las “cosas santas”, como la fe, los sacramentos y la caridad. Todos los que estamos unidos a Jesucristo por el bautismo estamos unidos también entre nosotros por un vínculo vital. El *Catecismo* menciona los “tres estados de la Iglesia”: los que peregrinamos en este mundo, los que ya han partido de este mundo y se purifican para entrar en la gloria, los que comparten ya la bienaventuranza de Dios (que se corresponden, respectivamente, con lo que antes denominábamos la Iglesia militante, purgante y triunfante).

Con respecto a la comunión entre los **vivos**, prestemos atención a lo que dice el Catecismo (nº 961): “Todo lo que cada uno hace y sufre en y por Cristo da fruto para todos”. Mi oración y mis obras pueden ayudar no sólo a sus beneficiarios directos, sino a muchos fieles que no conozco ni conoceré. A su vez, yo recibo la gracia divina por medio de muchas personas con las cuales no tengo ni tendré contacto personal alguno.

Pero también estamos en comunión con los **santos del Cielo**. Ellos no sólo nos han dejado su ejemplo, sino que interceden en nuestro favor. Por eso, la Iglesia ha defendido siempre el culto a los santos. Como dice una célebre homilía de San Bernardo: “Nos espera la Iglesia de los

primogénitos y nosotros permanecemos indiferentes; desean los santos nuestra compañía, y nosotros no hacemos caso; nos esperan los justos, y nosotros no prestamos atención”.

Finalmente, estamos en comunión también con nuestros **difuntos**:

- Les decimos “difuntos” para significar que “todavía se están purificando”. Eso es correcto, pero seamos conscientes de la inadecuación de nuestro lenguaje para expresar algo q está fuera del tiempo y del espacio. Simplemente, como recuerda el *Catecismo Holandés*, rezamos por ellos con insistencia y, gradualmente, vamos adquiriendo la seguridad de que ya alcanzaron la meta final.
- Nosotros tenemos muy presente la idea de que podemos rezar por ellos y ayudarlos en su purificación, como lo testimonia el interés de la comunidad durante este año santo por ganar indulgencias para sus seres queridos. Pero nos cuesta más creer en que podemos comunicarnos de algún modo con ellos. Recuerdo una persona que cuidó a su ser querido hasta que falleció, y que luego sentía culpa por imaginarse que hubiera podido hacer algo más. Y se preguntaba si podía hablarle y pedirle perdón, y si sería escuchado por el difunto. Por supuesto que sí. Eso es parte del misterio de la comunión de los santos: habiendo muerto en Cristo están más cerca de nosotros que nosotros mismos (aplicando por analogía lo que decía San Agustín sobre la intimidad de Dios en nuestro corazón). Si no lo percibimos, no es por su lejanía sino por su exceso de cercanía.
- Por todo esto, la fe en la comunión de los santos es como una expansión de nuestra conciencia. La Iglesia no es sólo la institución visible, sino *una comunión espiritual entre fieles vivos y difuntos*, todos vivos, aunque en diferentes “estados”. Como dijo Jesús, “Dios no es un Dios de muertos sino de vivos y todos viven para Él” (Lucas 20,38). Formamos parte de una comunidad cuya extensión supera nuestra imaginación, en la cual algunos han llegado a la meta y nos ayudan a nosotros, los que estamos en camino, que a su vez nos ayudamos unos a otros.

Creer en la comunión de los santos tiene una gran importancia para nuestra vida. Por ejemplo, nos ayuda a superar la tendencia de nuestra cultura: **la negación de la muerte**.



Al pensar en esto, me viene a la mente el muro de la Recoleta sobre la calle Vicente López: de un lado, el Shopping, los bares y restaurantes, la vida nocturna, mientras que del otro lado del muro están las tumbas. Es fácil imaginarse ese muro como la separación de dos mundos incommunicables: así como los que están del otro lado nunca vendrán aquí, es fácil ilusionarnos con que nosotros nunca iremos allá. No es, por su puesto, algo racional, pero como ilusión sigue influyendo en nosotros.

Como decía el obispo Bossuet, capellán de Luis XIV: todos sabemos que debemos morir, ¡el problema es que no lo creemos! Lo cual tiene su costo: si esta es la única vida, todas mis ansias de felicidad deben encontrar respuesta aquí abajo, y corremos el riesgo de demandar a las personas, las cosas, las situaciones, lo que no pueden darnos, y caer finalmente en la insatisfacción y la frustración.

La comunión de los santos nos permite reconciliarnos con la muerte, no por puro estoicismo, sino con **esperanza**. No pretendemos que *este* mundo llene todos nuestros anhelos, sabemos que no es el lugar de la felicidad definitiva. Porque vemos la muerte no como la última palabra, el muro-límite con la nada, sino como el umbral de un misterio, como el sepulcro vacío de Cristo: lo que hay más allá no es la negación de todo lo bueno de la vida en este mundo sino su cumplimiento y, sobre todo, la plena realización del anhelo más hondo de nuestra vida: la perfecta comunión con Dios y con nuestros hermanos.



Un sacerdote conocido me narró una vez la siguiente anécdota. Una persona adulta, con cierta vergüenza, le confió una vez su preocupación, que podía sonar infantil, y no obstante la angustiaba: “Cuando llegue al Cielo -decía- ¿cómo voy a hacer para encontrar a mi madre entre tantas personas que seguramente habrá allá arriba?” “No tendrás que buscarla” -le respondió el sacerdote- “Será ella misma la que te esté esperando para darte la bienvenida”.

Pbro. Gustavo Irrazábal